

La ventana mágica

Solíamos ir de paseo al prado en la primavera, el otoño y el verano. ¡Le alegraba tanto! Su contento era el mío.

RAFAEL TOMERO ALARCÓN

La Piéce

Yo no sé si la luz es un ser, a veces se me figura como tal y siento que lleva sus esencias, que busca como el agua dónde poder darse, verterse, algo que la acoja y la albergue. Cuando en tal estado se nos aparece entra por los poros, nos envuelve en sus entrañas, se nos manifiesta y revela. Claro está que eso no es probable cuando la naturaleza, incluida la del hombre, no propicia ese advenimiento. Pero a veces basta un inadvertido lugar, aunque al primer momento nos parezca adverso, tenga cierto privilegiado misterio en el que no medie resistencia o voluntad. Tal vez fuera ese el caso en aquel insólito paraje del Jura francés, junto a un manantial y una piedra rectangular labrada a modo de fuente, invisibles entonces al estar ocultos por la hiriente maleza.

Había allí una casa labriega de dos plantas, de piedra rústica desnuda, salvo alguna sillería en la puerta y las ventanas, construida toscamente al estilo de algunos pequeños conventos que se levantaron cuando colonizó el bosque hacia el siglo XII alguna orden monástica de San Bernardo. El cuerpo mayor del edificio lo constituyan las cuadras, graneros y pajares que estaban abandonados sin puertas ni contraventanas, oscuros ojos abiertos a las inclemencias y al viento. Adosada a la izquierda de estas dependencias estaba la parte habitable que, no obstante, espaciosa y relativamente grande, parecía diminuta al lado de las mencionadas construcciones, vistas desde la parte baja de la vasta pradera de aquella morada del lugar. Todo florecía al azar en lo que era allí el mayor claro del umbrío Jura que, a

media altura de la empinada ladera, ofrecía un balcón natural abierto al horizonte desde donde se divisaban sin distinguir humanas fronteras la ciudad de Ginebra y su romántico lago Leman y a veces, difuminado entre la bruma lejana, aparecía como un dios de las cumbres el Mont-Blanc de los Alpes, en cuyas alturas se veían alterarse en torno, conformando una danza sacra, las tormentas y ventisqueros indómitos de las nieves.

La finca, llamada La Piéce, denominación que se haría extensiva a otras dos alquerías a uno y otro lado de la propiedad y cuyas dos familias, enemigas entre sí, serían en seguida nuestros protectores. Traían a las hermanas María y Araceli sus primeras, variadas y mejores flores, frutas y verduras de sus jardines y huertos, viandas preparadas con primor y, sobre todo, su seguridad, su ternura y su calor humano y respetuoso, eso que tanto precisa la necesitada soledad. Alguna vez que otra, se encontraban, es un decir, coincidían en casa de María personas de las dos familias rivales. Las dos hermanas les ofrecían el té en tazas del siglo XVIII con cubertería de plata. Todos hacían gala de la refinada deferencia que preside la cortesía francesa; se preguntaban por sus allegados, qué tal iban los estudios de los hijos, etc. y se entablaba una amena conversación. Cuando después María insinuaba a algunos de ellos, por separado y en distinto momento, por qué no hacían las paces la contestación contundente de ambas partes era reiteradamente la misma: «Jamais de la vie!». Lo cortés no quita lo valiente.

Habíamos llegado al recóndito lugar la tarde del 14 de septiembre de 1964 procedentes de Roma con los gatos,

abundante equipaje, mucha fatiga y no poco ayuno, después de transponer los Alpes, atravesar toda Suiza y ya, al pie del Jura francés, pasar la frontera por Divonne-les-Bains y bordear la cordillera, donde todavía quedan rastros de la calzada de las legiones romanas por la que César iría a la Helvetia y las Galias y por donde siglos después, en la atemporalidad de la Historia, el otro cesar Napoleón atravesara la montaña con su inmenso ejército por estos mismos puertos para devolver las visitas de cortesía que suelen hacerse los imperios.

La Piéce marcaba la raya precisa del Jura que delimita nítidamente la divisoria de dos regiones y altitudes de la vida, su fauna y su flora, escindiendo el universo del bosque templado y el alpino. En una tal naturaleza —sabía en sus criaturas— las aves y los insectos pierden el cielo, su vuelo y su canto y, el hombre y los animales, sus asentamientos. Habría así María de seguir, ir viviendo no entre dos fronteras sino las múltiples y movedizas tierras y corrientes del hombre y la tierra. Ser de la Historia hacía mucho tiempo que ya lo era en soledad, acción y comportamiento, así se lo había dicho su entonces maestro Ortega y Gasset hacía cuatro décadas, a principios del tercer decenio del siglo. Tras de sí quedaba, inextinguible, el sendero de toda una vida entrañable de soledad, sufrimiento y amor a su pasado y su presente: eran su devenir inacabable, lo que la sostenía cada día y cada instante entre los infiernos y paraísos del Fénix.

Solía ser visitada, invitada también, por jóvenes poetas, escritores, pintores, lectores, algún filósofo, admiradores, amigos sin más, ellos y ellas, distintos en entendimiento y condición, de gran entereza y calidad. También venían gentes del lugar. Solían llevarle algo, un libro, un inédito, una flor, un dulce, una hojita que, al punto, encontraba donde estar, su lugar, también las personas. Al cabo de unos momentos daban la impresión de que estaban de antes, de un antes que es siempre. Y siempre había algo que ofrecer de beber o comer en la cabaña del bosque, algo que dar: la palabra y, con ella, hospitalidad, calor, amistad y alegría compartidas. Importantes eran igualmente los proveedores, el cartero, los vecinos, la señora de la limpieza, con todos tenía especial atención, y de quienes continuamente me contaba historias maravillosas unas veces, espeluznantes otras. «La vida está en todas partes, por momentos en toda su grandeza, siempre nos enseña algo». La

mezquindad no le llegaba, ya que en general las personas que se le acercaban daban de sí lo mejor del ser, su generosidad, su felicidad, su dolor y sus temores. Pero tampoco cabe decir que tuviera un salón literario, aunque pudiera haberlo sido, o lo pareciera por momentos dada la inteligencia, elegancia, buen gusto y sensibilidad de las hermanas, su admirable y delicado don de gentes, sobre todo Araceli, la gran anfitriona. Se trataba de algo más. Ir a La Piéce era entrar en un mundo aparte de definición imposible de captar en un concepto pre establecido. No era ni hechizo ni encantamiento, ni nada permanente ya configurado. Era simplemente un estado de creación poética, espontánea, un círculo, una órbita de amistad, entendimiento y comunicación donde el ser de las cosas y personas era auténtico; se indagaba y advenía el pulso de culturas y sentires de antes y de ahora, vivencias latentes de presencias y recuerdos vibrantes que prendían mutuamente y discurrían con pasión ingénita en un ahondamiento del alma humana y de lo que está ahí oculto por la generalización a ultranza de lo obvio merced a la comunicación de masas.

Sin embargo, este ambiente de transcendencia operante no se daba únicamente en su presencia sino también en la copiosa correspondencia, en parte inmolada a la zarza ardiente del fuego en momentos de humana desesperación, algo que, entre otras cosas, confiesa en sus cartas. El correo le traía verdades a modo de asideros y procedentes de los cuatro puntos cardinales del globo testimoniaban parecidos sentires en personas, culturas y manifestaciones distintas en su especie, aunque naturalmente minoritarias. No era lo mucho, era simplemente lo preciso, pues que la cantidad nos hurta el tiempo. ¡Cuán lejos de aquel «*Par amour j'ai perdu ma vie*», al decir del poeta! Ahora, por mor de la cantidad y del futuro perdemos la vida, pues que ambos, el tiempo y la vida son consustanciales. En la Piéce se rescataba el tiempo, que no se ha tenido, no se nos ha dado o no se nos deja.

El cementerio de Crozet

Y en aquella latitud, donde parcos, escasos y breves son los pueblos, entre campos de nieve que se alzan hacia las cumbres de la región alpina y el frondoso bosque que baja, icómo no recordarla! Habrá que seguirla en su cotidiano paseo, cuando el Levante está ya en el

Poniente, camino del cementerio de Crozet, a algo más de un kilómetro de La Piéce, donde yace, mejor dicho, yacía, la hermana desde el mes de febrero de 1972. No le arredraban los elementos inclementes, ni la aspereza del camino escarpado, ni el frío de la nieve que cubría los senderos, ni el dolor y la debilidad de sus pies, ni los vientos ni calores. La seguían los perros que nunca la abandonaban, a veces algún gato y también los pájaros, cantará el poeta Antonio Colinas. Más bien, diría yo, que la llevaban dada su delicada salud, de otro modo no hubiera podido ser.

Tenía la entrada este santo sitio a la salida casi de la floresta. Traspasada la valla de blanca piedra con puerta de hierro negra se entraba al espacio abierto del camposanto, templo de los muertos, jardín del olvido y de la memoria. Subía agrandándose sobre las sepulturas hacia las alturas, a la claridad alta montaña en el reino azul de la luz; yacentes en sus sepulcros ofrecían su muerte a la vida. No podía ella faltar a tan generosa ofrenda adentrándose en su padecimiento. Intimidad, consuelo y paz sentíamos los dos unidos en santa oración al pie de su tumba hermana. Araceli, querida en la vida y en la muerte. Cementerio alpino de delicadas y diminutas flores, ligeras fragancias. No nos sentíamos solos unidos en ella, en su jardín cerrado, adosado al cuerpo de la iglesia, al pie del campanario. Las callejuelas de Crozet descendían en brusca pendiente, las casas pegadas a la roca. Colgaban las nubes de sus cumbres recogiéndose como un rebaño, abajándose a la sombra de los humanos y sus muertos, acercándose desde las crestas recortadas en negras siluetas sobre el trasfondo del ocaso. Bajan enlanadas, en manadas para abrigar la soledad, su quietud y memoria, los nombres antiguos, sus almas al pie de cruces centenarias.

Se pierden los ojos en la grandiosidad del cielo, se pierde, extasiada, la mirada en las simas y las nieves inmaculadas y vírgenes. Descansan intactos los muertos. Dios está más cerca.

Ara del cielo, allí se nos fue Araceli. «Araceli ara en el cielo», nos dirá el poeta Edison Símons. Era un día de luz radiante en su zénit. Aún hemos de acompañar a María en su lento, pausado caminar aquel veinte de febrero de 1972. Despejada la última y mítica espesura del Jura, entre el cielo y la tierra. Han acudido todos al último adiós, noble y sacra cita. «La llevaban los guardianes del

Sol, con luces de plata y yelmos de oro. Todos estaban, la iglesia y su torre, el pueblo, el sacerdote de negro y sus diáconos de blanco, el Señor Alcalde, las autoridades ataviadas con la dignidad que exigía el rito, la Brigada de bomberos, engalanados con impecables uniformes de azul, cordones y hombreras blancas, botones y cascós dorados fulgurantes y lucientes, todos en marcial formación, cual héroes de la Antigua Helade, rindiendo alto honor ante el paso del cuerpo sacrificial¹—el Vaso de Atenas— que en su féretro portaban en hombros hombres del reino de los humérides.

Hacía ocho largos años que aquellos lares eran nuestra morada. Por vez primera dimos con el paraje subiendo la montaña a través de un túnel estrecho abierto en la espesura bajo el ramaje de la arboleda. Al final de la umbría aparecieron la luz y La Piéce, en lo alto de una espléndida pradera. La parte posterior de la construcción se perdía emboscada en la roca y la maraña. Mariano, mi hermano, nos esperaba a la puerta. Había venido la tarde del día anterior de Ginebra para traernos las llaves y quedarse con nosotros. Se había perdido en el bosque en busca de la casa y había pasado toda la noche deambulando y merodeando por sus tinieblas sin luna ni estrellas. Llevaba las llaves del bosque y de su cabaña perdida en el centro y no podía desaparecer en lo que iba a ser el mundo de nuestro reino.

«Está igual que cuando le enseñaba en el instituto, con aquel mismo gesto tan suyo de querer ayudar adelantando las manos: «Yo, yo lo hago», decía siempre voluntarioso». Una vez tuvo ella que suspenderlo en el tercer curso de bachillerato en el Instituto Cervantes de Madrid (1936). Llegó a casa muy acongojada y dijo a Don Blas Zambrano maestro de Gramática (tenía publicada una de las mejores), escritor, pedagogo, rector de escuelas normales, filósofo (de niña María leyó por primera vez a Unamuno en un artículo que este último había dedicado a su padre. «Papá, tengo un disgusto enorme, he tenido que suspender a Marianito. Por favor, enséñale gramática». Así lo hizo y mi hermano aprobó la asignatura en otra convocatoria y con otro jurado. De esto habían pasado treinta y dos años. Acababa de llegar exhausto. La estancia fría, casi inhabitable e

1. Papeles de Son Armadans (Palma de Mallorca), 1973, año XVIII, T. LXIX, n.º 207, junio, pp. 275-283.

inhóspita no ofrecía ni recogimiento ni colación que aliviasen nuestras maltrechas fuerzas después de dos días de viaje tramontando puerto y montañas con los gatos, el pesado y voluminoso equipaje. María, estaba un tanto contrariada, pero se animó cuando Mariano, alborozado dijo: «Por lo menos estamos vivos y juntos». Cada cual y por su cuenta, gatos y personas, buscó su rincón donde arrebujarse.

Edificaron el «Convento», como lo llamaba ella, el siglo pasado al estilo rústico de una pequeña construcción que en el siglo XII fue convento al pie de la montaña no lejos de allí. Habían adaptado la casa al hueco cóncavo de un paramento natural de la roca para aprovechar espacio y abrigo. La fachada, un grueso muro de grandes piedras desnudas, daba al Poniente y tenía, además de la puerta de entrada, cuatro ventanas en la primera planta y cinco en la segunda. En el zaguán había una puerta a cada lado y una escalera estrecha de caracol cuyo maderamen gemía a su albedrío. En un principio todo el hueco fue una sola pieza, de ahí su nombre, que albergaba personas y animales a efectos de calefacción, separados por un semitabique horizontal.

Antígona

Esta especie de refugio conservaba el techo original, un tanto carcomido, de tablones y vigas hasta la pared del fondo, con una portezuela que daba a la bodega, más bien cabe decir la entraña de la roca, donde resucitaría Antígona, la prometida doncella de Troya, merced al amor, el corazón y la palabra que anidaban en un alma semienterrada viva en el hueco de la alta roca, despojo también de guerras civiles y destierros, portadora de su resurrección para que pudiera morir ya en paz en la tumba. Pues que Antígona, ser de amor, no podía terminar de cualquier manera y antes de tiempo su tragedia, ni tampoco Sófocles suicidar de un plumazo en un gesto de capricho desabrido, a «una criatura de tan lograda unidad, ser y vida», que en la invocación de María clamará: «Vedme aquí dioses, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía sobre la tierra. Y ese rayo de luz que me busca será mi tortura mayor. No poder ni aún aquí librarme de ti, oh luz, luz del Sol, del Sol de la Tierra... Sol de los muertos... he de saber por ti si es de noche, si es

de día; si el Sol va a romper avasallando a la Aurora.» Y luego, en el «Sueño de la Hermana»: «No estabas allí, Ismene, mi hermana. Estabas conmigo. Y era esta tumba; pero no, ya no era una tumba. Estábamos, sí apartadas: podíamos salir, faltaba todo un muro, y una grande claridad se derramaba dentro, y una luz blanca se derramaba fuera, que no era en verdad afuera, sino un lugar abierto que seguía... Aquí, de este lado, un corredor estrecho, y allá, al fondo una escalera.» Sí, allí ella escribió su «Antígona» con quien se había identificado empujada por la Guerra Civil.

La Luz de los druidas

A la entrada del muro de piedra y peñas, ya dentro en el vestíbulo y en la habitación de la derecha, había una ventana, más bien un hueco, ocultado por la sombra de un tilo antiguo, inmenso, catedralicio, al otro lado del sendero, y cuyo temblor dejaba pasar por momentos un rayo de sol en la penumbra. En la estancia de la derecha con vistas al prado y al lejano horizonte que se divisaba desde la ladera, se encontraba nuestra ventana, lux y respiradero de la sala gemela de las dos hermanas. Mortecina, se infiltraba tímidamente la luz, empañada por el hálito húmedo y triste de aquel bosque milenario, habitado y abandonado en remotos tiempos por los druidas que sólo dejaron su nombre: El País de Gex (el País del Roble) y su Templo del Sol, de dos círculos de 45 metros de diámetros con sus dólmenes y piedras agenciadas por el hombre (semblanza de los de Gran Bretaña las Galias) que, al lado de las Fuentes Divinas, concretamente a la vera del Gran Manantial donde nace la Divona, configuran un calendario zodiacal cuatro mil años antes de nuestra era. Los druidas, sacerdotes del roble, de la sabiduría y de la potencia, símbolos de la hospitalidad y la fuerza, el árbol que atrae el rayo de Zeus.

Allá en el espacio inhabitado languidecía una luz prenatal inamovible, casi irrespirable; más que verla se la sentía invisible. Había una larga mesa de aldea que servía para todo, estaba desde siempre, se la veía no haber cambiado de lugar desde el principio, son cosas que se saben, estaba en su propio suelo, a nadie se le ocurriría cambiarla de sitio. Hay objetos y sujetos que tienen ese poder, un cuadro que evitamos mirar, una mesilla, un jarrón, vaya usted a saber, aunque no gusten no se dejan

tocar; también ocurre con los vivientes, algunos son intocables, sin saber por qué.

Hay, empero, seres que con un gesto todo lo transforman. Aquel día fue el de ella. A una leve seña le ayudé a empujar el testaferro de mesa hacia el poyete de la ventana hasta que su parte estrecha con él coincidiera. Sacó María sus figuritas de los cinco continentes, sus libros y libritos de cabecera, quiero decir a la cabecera de la mesa, su boquilla y pitillos, su máquina de escribir, sus cuartillas. «Hay que espantar a los malos mengues», musitaba, pero la verdad es que no les daba mucha importancia y aún menos beligerancia. Colgamos algunos cuadros en los muros descarnados, encendimos las estufas y Mariano preparó un cafetico anunciado por su aroma, Araceli dispuso los preparativos para la cena, me fui a descansar un rato. Oí el tecleo de la máquina con su ritmo y melodía a velocidades inverosímiles. La escritura era su música, la máquina de escribir su piano. Había querido estudiar piano; no la dejaron, no pudo y, como siempre haría, se refugió en la filosofía, en una filosofía que se oyera, que fuera musical, poética, religiosa, por momentos litúrgica. Habrá que leer, tal vez en otro momento, lo que ella escribió en aquellas páginas. Mariano fue a atender a los gatos en las piezas superiores, electrificó algunos quinqués antiguos, en particular uno de cristal verde de roca, muy del gusto de María que inmediatamente colocó en el rellano de lo que poco antes era una tronera. Los libros, la cafetera, algunas tazas de café, las estufas encendidas, el respirar de los pasos, un mínimo trajín familiar, el llamarnos por nuestros nombres, el presente de las viandas, un cierto sentir del aire, del agua, el susurro del fuego, sus lumbres, lenguas, sombras y reflejos y las vibraciones hogareñas, el andar leve, la conversación y la palabra no dicha, la dicha en el silencio, cierta lograda felicidad fugaz e indeleble, la presencia de los dioses en sus lares apaciguados, venidos un poco a menos, duendes buenos acompañando desde sus recovecos, en fin el volver a su ser de las cosas y los seres.

La luz entraba ya de otra manera, libre, parecería que había sido rescatada, diríase viviente, que salía de una alienada, enajenada postración. La ventana y su luz eran un cuerpo naciente que, glorioso, entraba en la belleza y en la vida, en su esplendor. La casa se llenó de alma. La naturaleza luciente, con sus tonos y sus sombras,

las estaciones y sus noches, los campos floridos, las nieves y los fríos, la inmovilidad de los calores, las turbulencias y sus elementos, los horizontes y las imágenes cambiantes, eran la ofrenda de aquella ventana humilde, agradecida. María la llamó por su nombre: «La Ventana Mágica». Fue la primera y única vez que oí a María pronunciar este adjetivo.

Aparecerían así «España, Sueño y Verdad», el «Sueño Creador», «Claros del Bosque» y, al propio tiempo para poder vivir, un sinnúmero de ensayos y artículos.

Luego, la muerte de la hermana, el empeoramiento de su salud, la larga hospitalización de Mariano, el fallecimiento o alejamiento de personas allegadas y queridas, junto con otras contrariedades no superables, la arrancaron de su montaña hechizada, de «La Piéce» «su choza», «su convento».

Inapelable sentencia

Solíamos ir de paseo al prado en la primavera, el otoño y el verano. ¡Le alegraba tanto! Su contento era el mío. Pero en una conversación me anunció algo irreparable en nuestras vidas. Fue uno de aquellos días de felicidad extraña palabra cuando inmersos en la sinfonía de la indescriptible belleza de tonos, irisaciones, reflejos, sombras, cielos y luces que por un momento me sentí aturdido en tanta armonía, comenté:

—Sabes, María, ¿por qué ahora comprendo el que Van Gogh se suicidara en su campo de trigo? Era su amarillo, el amarillo de España, como él lo llamaba. Fue la belleza, lo que terminó de enloquecerlo, no pudo más y quiso llevarse consigo a la eternidad la maravilla de los colores, su mar de espigas y amapolas mecidas por el aire, sus matices, llevarlos a la luz oscura de su alma. Aparecieron los grajos y, lleno de horror, con desesperación instantánea los llevó al lienzo y se pegó un tiro. Así lo siento, no sé si me entiendes.

No solía María responder en seguida en momentos graves. Al cabo de cierto silencio, casi absoluto, me dijo: «¡Cómo no te voy a entender!».

—¡Ojalá pudiéramos comprar esto sólo para conservarlo, aunque no pudiéramos vivirlo!— añadió.

—Pero si lleva así no siglos sino milenarios, lejos de todo, seguirá igual,— reparé, pues temía que por tan peregrina coronada ya quisiera irse a otro sitio.

—Esta hermosura está condenada, lo primero que será destruido.

Me dejó más perplejo de lo que estaba.

—Y eso lo vamos a ver más pronto de lo que tú te crees,— remachó ante mi admiración incrédula. Es lo que ocurrió.

Zeus y la destrucción de la aurora

En la sala que servía de escritorio y comedor Mariano dormitaba al lado de la estufa, María estaba dando de comer a los gatos en las habitaciones altas y yo sesitaba al lado de la ventana en la poltrona roja. Decía ella que La Piéce fue en su día un pequeño mediterráneo que todavía conservaba su microclima. Eso decía, pero yo no estaba tan seguro. Después lo vi desde el avión perfectamente: era cierto. El Jura, en una perfecta hoz recogía a La Piéce en una especie de nido. Las espesas nubes que gran parte del año tenían abajo a Ginebra encapotada formaban una superficie plana, semilíquida en la que, a modo de mar, reflejaba un sol azul plata y un cielo limpio; La Piéce parecía que estuviera en una playa. Luego leí en los libros que esa parte estuvo cubierta por un mar mediterráneo en otras épocas geológicas. Costaba trabajo creer que el hombre pudiera vivir medio agusanado en el fondo de aquella masa vista desde los cielos. Recordaba las novelas de Julio Verne y sus ciudades de palacios bajo las aguas.

«Sólo en el Infierno puede encontrarse El Paraíso, aunque sea por un instante», me había dicho en una ocasión. Entonces, digo yo, también en el infierno puede estar el Paraíso. Pero lo cierto es que cuando un infierno nos visita es para demorarse, si es que no es para quedarse hasta la destrucción final de los mortales.

El hecho escueto, cuando eso ocurre puede ser lo más obvio, un fenómeno meteorológico, la cosa más natural. Y tal fue el suceso. «No ha sido más que un «sucedió», Rafael», me reconvendría ella irónicamente. Y, sin embargo, no por su obviedad fue ello menos temible en tan apacible y amable lugar.

De madrugada, vislumbrando el amanecer, se insinuaba la aurora en el bajo horizonte, temblando todavía la tierra del relente de la luna, despuntando trabajosamente sobre las brumas del lago y la ciudad de Ginebra al romper del alba.

En el rincón de La Piéce tienen su origen y epicentro, con más frecuencia de lo que fuera de desear, las grandes tormentas que se ciernen fraguan y azotan el lago Leman y sus riberas. Fue una tarde de junio. El aire iba espesándose en un bochorno de somnolencia y sopor, una amenaza que no se la veía llegar con su tormentosa carga ennegreciendo el cielo porque la tempestad se estaba incubando en aquel punto de nuestro refugio. Esta vez quiso el Hado demorarse en su nacimiento, en sus orígenes, y allí mismo descargó sus furias y galernas. El roble centenario de la fuente-manantial frente a la ventana fue desgajado con brutal estruendo y fulminado por el rayo, una de cuyas estribaciones entró en la sala conducida por los cables de la luz y el teléfono a través de la ventana. Encontrándome arrelianado y semi adormilado en la poltrona roja y tras un ensordecedor y llameante chasquido, vi estupefacto irrumpir por encima de mi cabeza aquel fenómeno electrificado enloquecido, una fiera enfurecida vomitando chisporroteos, fragores y llamas zigzagueantes. De mi cuerpo, sólo los ojos desorbitados y aterrados en un rictus retorcido y definitivo. Ni siquiera fue un instante, era toda la experiencia de la vida acrecentada en el firmamento infinito. Aparecen entonces, si es que tal entonces puede existir en semejantes casos, las imágenes y las ideas a cámara lenta, como si la muerte soñara ya sin prisas su vida, toda su vida absoluta: los pastores de la llanura y del pinar, cuando yo era niño en el destierro de los predios y alcores de Fuente el Olmo de Fuentidueña, mi pueblo natal de la provincia de Segovia (sí, tenía todo el tiempo para escribir en una gota de luz un nombre tan largo para un lugar tan pequeño), me habían dicho que «Los rayos buscan las puntas y el cabello». Y era verdad que debía tener los pelos de punta, y de veras que por primera vez en mi vida sentí no ser calvo. Mis manos aplanas aplastaban y cubrían el pelo cual si quisieran hundir la cabeza bajo tierra. Mi tiempo se había parado mientras sobre mí el quebrado monstruo a bandazos quebraba en su círculo todas las rectas. Pensaba en Mariano. Qué sería de él. La «cosa» estaba estrellándose contra las paredes y esquinas buscando una salida. Al no encontrarla en su primera vuelta metamorfoseó, su cuerpo y, tras una atronadora descarga, convirtiéndose en una bola de fuego de algo más de un metro de diámetro; la veía

crispada y peluda (tal vez por el horror de que me abrara la cabellera). Sus protuberancias incandescentes se erizaban en pequeños rayos que buscaban su víctima culpable y su libertad. Giraba poseída de su incontenible y acelerado vértigo sobre eje al propio tiempo que evolucionaba con estrepitosas humaredas y llamaradas cobrando en sus circunvalaciones más fuerza y volumen. Frenético ser que, herido y ciego, devorábalo todo pugnando iracundo por salir de la trampa que el Hombre le había tendido arrastrándole con sus cables de cobre para encerrarlo en la jaula de La Piéce. Por fortuna que puedo asumir ahora sentires en aquel mi cuerpo fisiológicamente paralizado, perplejo ante la muerte inminente. No era miedo, tampoco terror, simplemente un prosaico y común saberse ya muerto. A la sexta vuelta, se abajo a la esquina del suelo frente a mí, era el final, no vi más. Pero no, el instinto autómata de conservación y esperanza, fuera del tiempo porque se adelanta a él, me prefiguró la tubería de plomo de la pequeña pila de piedra del «office», por donde reconvertido en sierpe pudiera desvanecerse el objeto. Abrí los ojos, alcancé a ver un estallido cegador que disolvió la bola o lo que fuese en un caos de pirotecnias que dejaron tras sí una lluvia de fuegos y cenizas. En cada uno de sus choques había dejado la impronta de su huella en las esquinas superiores calcinadas y manchadas por el hollín. Humos adensados flotaban con fuerte olor a chamusquina de azufre y cabello.

Al fondo todavía sin vernos por las humaredas, Mariano, ¿estaría vivo? Lleno de pavor no me atrevía a llamarlo ni a proferir nada por mi garganta. Pero él sí, en seguida: «¡Estás vivo, estás vivo!» repetía. «¡Estoy, estoy, y tú!». Me mesaba el cabello, todo eran cenizas. Pensaba que serían las que todavía flotaban en el aire, pero las que caían de la cabeza eran partículas ensortijadas de pelo quemado con su olor característico. Fueras de la sala, María inclinada arriba sobre la baranda de la escalera de caracol: «¿Qué es esto, ¿qué ocurre, este olor a azufre, este humo...?». «¡El rayo, María el rayo!», gritaba yo desde mis adentros, como si nombrara al dragón. Pero entrando en razón, ¿no sería —me pregunto— que mi fuerza y esperanza persuasivas se retransmitieran al «fenómeno» aquel señalándole su salida —eso sí, lo sé muy bien, fui yo quien me acordé de la pila de piedra y de su tubería de plomo antes de que, a modo de cierta

información recibida, por allí desapareciera—. En modo alguno fue un presentimiento, hubo voluntad, digamos posibilista, como se diría en lenguaje actual. Cosas de la naturaleza, más allá de nuestras técnicas ignotas saberes de la «cosa» y míos coincidieron en un mismo punto y momento de para comunicación, yéndose «ello» y yo quedándome. Lo más seguro es que quién sabe, dicen los mejicanos, y la apisonadora de la lógica, nada más lógico que la electricidad busque una toma de tierra.

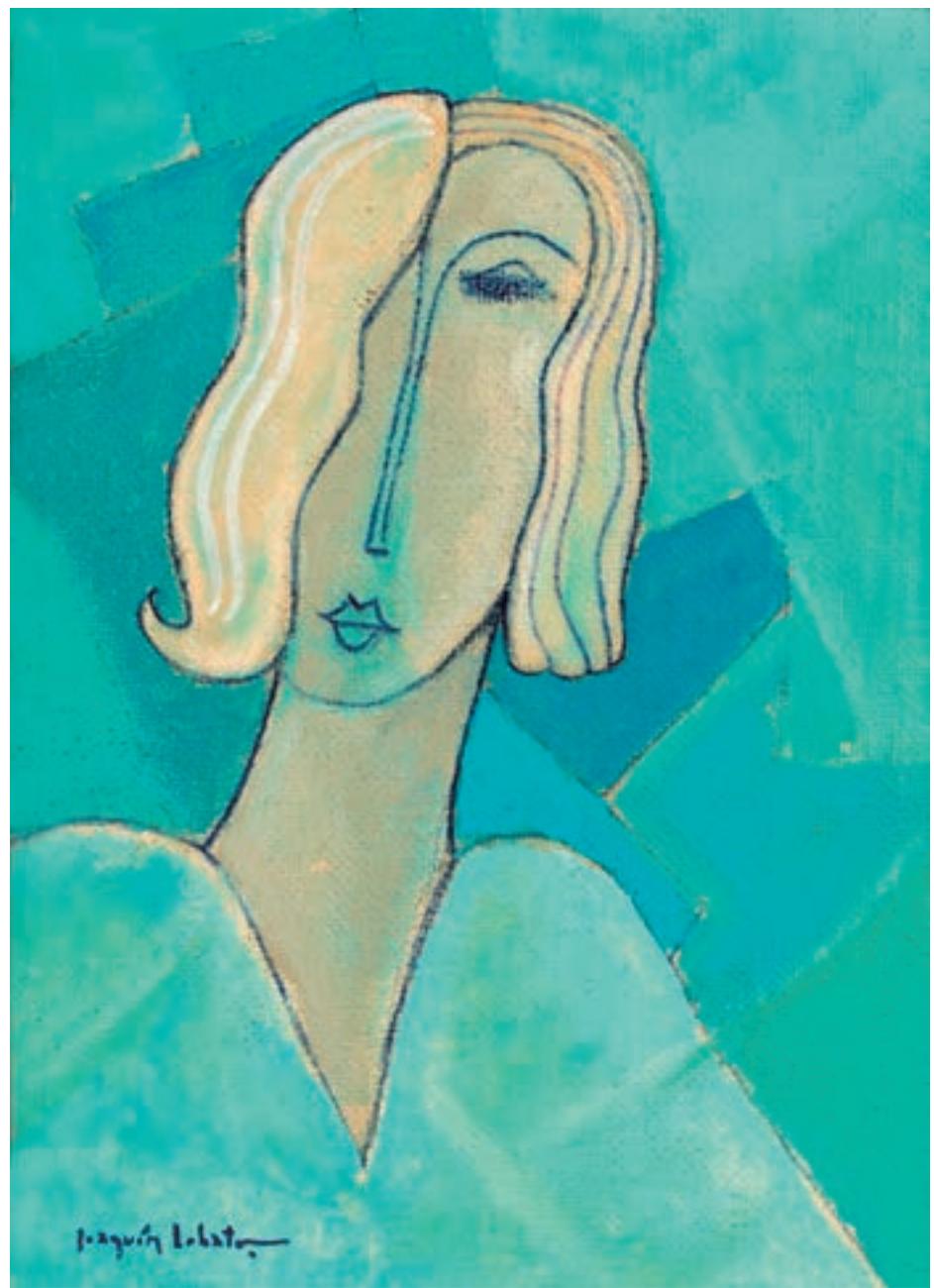
Pasados unos días bajamos a Ginebra a comer a un restaurante español denominado «El Quijote». Saludamos a algunos amigos colegas de la ONU y apenas hubimos ocupado una mesa se nos acercó el camarero y espetó a María: «¿Es usted la Señora del Rayo?»

Pocos años después hubo que hospitalizar a Mariano durante meses en Ginebra y fue menester bajar a María de la montaña al fronterizo pueblo de Ferney, el del filósofo Francisco María Arouet, llamado Voltaire, y luego, al cabo de unos años, a la vera del parque de la Perla del Lago de Ginebra, junto al Leman, donde Mary Shelley escribiera su monstruo de Frankenstein y Byron y otros poetas narraciones horripilantes. Entre La Piéce (Crozet), Ferney y la Ginebra de Rousseau, María Zambrano pasaría, como Voltaire, los últimos veinte años de los cuarenta de su exilio antes de su bien logrado regreso a Madrid, «a morir a Madrid», diría a algún periodista. Una vez en esta capital, la ciudad de su vida, alguien le recordó tan tremenda sentencia y María Zambrano al punto corrigió: «No he venido a morir sino a vivir en Madrid».

A poco de que María dejara por razones de salud y soledad su «choza» en el bosque de la montaña del Jura, promotoras de urbanizaciones millonarias arrasaron y transformaron la zona de La Piéce, una cantera, cerca del lugar, descarna el bosque y sus entrañas que con explosivos revientan la montaña y, por si ello no fuera bastante, han hecho pasar debajo del desaparecido prado el túnel nuclear del ciclo protón hasta hace poco mayor del mundo.

«He estado en lugares maravillosos y he contado con la amistad de personas extraordinarias, sólo que me ha tocado llegar siempre al apaga luces de la fiesta», decía, algunas veces, imperturbable.

Washington, 11 de diciembre de 1995.



Actriz muy amiga del poeta, 1996. Acrílico sobre lienzo y madera, 16 x 22 cm